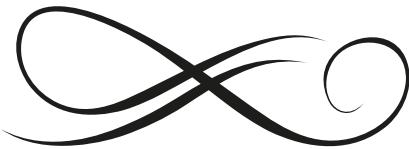


MIMI MATTHEWS

RETORNO A
SATTERTHWAITE
COURT

Libros de
seda

*Para todas las lectoras maravillosas
que me animasteis y apoyasteis durante un año difícil.
Esta historia es para vosotras.*



CAPÍTULO 1

Londres

Diciembre de 1843

El teniente Charles Heywood se detuvo frente al escaparate, enmarcado en hiedra y ramas de acebo, del establecimiento de una modista. Estaba a punto de entrar, con la intención de comprar algún regalo de Navidad para su madre y su hermana menor, cuando un perro callejero de pelaje grisáceo lo adelantó corriendo como si le fuera la vida en ello.

Era un día de mucho ajetreo en la calle Bond. Multitud de personas habían salido de compras y, protegidas del frío intenso con abrigos gruesos, bufandas y guantes, recorrían la calle de arriba abajo. Muchos llevaban paquetes en las manos y de la boca les surgía vaho al respirar el aire helado de diciembre. En el tráfico vespertino incesante, coches de punto y carruajes hacían lo imposible para evitar choques y para pasar entre los viandantes sin atropellarlos, aunque las salpicaduras de barro eran inevitables. Los cocheros se peleaban a la hora de encontrar un sitio donde detenerse lo más cerca posible de las tiendas. Los peatones cruzaban la calle, en muchos casos poniendo en riesgo su bienestar físico.

Pero el can en cuestión no tuvo el menor cuidado. Siguió corriendo y colocándose en la trayectoria de los carroajes que llegaban a bastante velocidad, al parecer empeñado en que le pasaran por encima las ruedas de alguno. Charles no lo dudó y se lanzó a la calzada, y uno estuvo a punto de atropellarlo y otros lo esquivaron como pudieron también. Un caballo frenó en seco y con los cascos salpicó un pegote de barro que fue a parar a su abrigo.

—¡Maldito perro enloquecido! —gritó uno de los conductores.

Charles no se detuvo para pedir disculpas. El perro seguía avanzando y él corría detrás.

El joven tenía muchos defectos, eso era innegable, pero ninguno lo llevaba a evitar su condición natural de hombre de acción. Durante el tiempo que había estado fuera de Inglaterra se había ganado la reputación de ser eso, entre otras cosas. Habían sido ocho años sirviendo en la Marina de Su Majestad, siempre presto a situarse en primera línea de combate, desafiando el riesgo de caer o de perder algún miembro en la batalla. Se trataba de una cualidad que ahora, cuando por fin había regresado, procuraba dejar atrás. Ya bastaba de aventuras de capa y espada. Deseaba de veras establecerse y empezar a llevar una vida tranquila y sin sobresaltos.

Su barco había atracado en Londres la mañana anterior y la estancia en la capital iba a ser muy breve. Al día siguiente se pondría en camino para reunirse con sus padres y su hermana en Heywood House, la residencia familiar, situada en el condado de Somerset. Llevaba mucho tiempo esperando ese encuentro, pero iba a resultarle difícil.

Tras dejar Somerset, hacía ya ocho años, solo había visto a su familia un puñado de veces, las pocas en las que había disfrutado de un permiso. Desde la última visita habían pasado nada menos

que cuatro años. Y durante ese encuentro Charles y su padre habían discutido con acritud. Para empezar, su progenitor nunca quiso que fuera militar ni marino, no deseaba que arriesgara la vida y la integridad física al servicio de la Corona. De hecho, hasta le había prohibido alistarse.

Pero, en ese momento, Charles ni se acordó de eso. Ni tampoco de los regalos de Navidad que tenía que comprar, en un esfuerzo por que los presentes suavizaran el dolor que su ausencia había causado a la familia. Solo tenía en la cabeza el peligro que corría el perro. Intentó agarrar al embarrado animal, pero la bestezuela se le escabulló de entre las manos y siguió sorteando, por centímetros, vehículos y semovientes.

El can continuó su loca carrera sin importarle el peligro que corría de ser arrollado por ruedas o cascos. Era una locura típica de algunas criaturas. Charles ya la había observado con anterioridad. Se había criado en el campo, rodeado de una jauría revoltosa que había reunido su madre, un grupo variopinto de perros de linajes dudosos y caracteres contrapuestos, y había aprendido casi desde la cuna a considerar sus amigos a los animales, tanto en los buenos momentos como en los malos.

En todo caso, ese en particular no parecía ser amigo de nadie ni albergar ningún tipo de consideración por el género humano. Una vez hubo alcanzado milagrosamente el otro lado de la acera, vadeó a la multitud y centró la atención en enfrentarse a los viandantes; de hecho, pese a su pequeñez y su poco peso, enseñó los dientes de forma muy amenazadora, gruñendo y con los ojos fieros fijos en las faldas de una dama.

—¡Fuera de aquí, perro asqueroso! —La dama, entrada en años, con un sombrero presidido por una pluma, intentó golpearlo con su paraguas festoneado de seda—. ¡Haga algo, Smithers! —le ordenó al lacayo de librea que la acompañaba—, ¡antes de que esta bestia me destroce el dobladillo!

El lacayo, obediente, intentó darle una patada al animal para mandarlo de nuevo al centro de la calzada. Pero el enjuto can era más listo que el hambre. Esquivó con facilidad la bota del criado y centró la atención en otro par de paseantes que tenía ante sí: dos señoritas elegantes que caminaban tomadas del brazo. Fijó los ojos de lince en las faldas amplias y acampanadas de terciopelo del costoso vestido de paseo que lucía la dama de menor estatura. Estaba claro que lo único que tenía en mente era sembrar el caos.

Con un suspiro de resignación, Charles se dispuso a intervenir. La verdad era que pensaba más en el perro que en la joven, lo cual era un defecto grave que se le había manifestado ya en la más tierna infancia. Su interés por los animales superaba con creces el que sentía por el bienestar de los seres humanos.

—Disculpe, señorita —empezó.

La joven de la falda de terciopelo se volvió a mirarlo en el preciso momento en el que el perrito cerraba los dientes sobre el dobladillo. La chica, sorprendida, abrió mucho los ojos.

Unos ojos azules. De un azul imposible.

La frase de advertencia de Charles se evaporó antes de que la pronunciara. Durante un instante, hasta se olvidó de dónde estaba.

No era inmune a una cara bonita, pero tampoco un muchacho recién salido del cascarón. Tenía casi veintinueve años y el servicio de marinería lo había hecho crecer en dureza y experiencia. De hecho, había conocido y se había relacionado con muchas mujeres bellas a lo largo de su vida.

No obstante, tenía que reconocer que esta joven era algo fuera de lo común. Y no solo por el azul extraordinario de sus ojos, tan intenso y aterciopelado como la tela de su falda; también por la perfección de su semblante, de un tono marfil inmaculado ligeramente rosado. Pero no parecía ser débil ni asustadiza,

a juzgar por su expresión. El arco de las cejas color visón denotaba fuerza, igual que el perfil de la mandíbula; una fuerza que suavizaban la curva voluptuosa de la boca y el hoyuelo atractivo de la barbilla. Había oído que a ese rasgo lo llamaban la huella de Cupido y que era signo de una naturaleza audaz y sensual.

Le costó un gran esfuerzo no quedarse mirándola con fijeza ni hacer una lista mental de cada rasgo y cada expresión vívida de aquel rostro.

Si ella se había dado cuenta del efecto que había causado en él, no lo manifestó. Desvió la mirada de inmediato hacia el perro agresivo y ruidoso, que ahora parecía pegado al dobladillo de la falda. Esbozó una sonrisa mínima y sorprendida.

—Chico malo. —Estiró el brazo con elegancia para apartar con la mano al animal—. No debes ir por ahí mordiendo faldas.

—¡No lo toque! —ordenó Charles.

La joven más alta hizo un gesto de sorpresa al oírlo. Lógico. Fue el mismo tono de voz que utilizaba en la cubierta del *Intrepid*, el buque de guerra de la Marina británica; un tono capaz de convertir a sus subordinados en marineros obedientes y listos para la acción.

Pero la joven de los ojos azules ni se inmutó.

—¡Tonterías! —Siguió intentando acariciar al animal—. No es más que un perrito juguetón. No tiene malas intenciones...

En un visto y no visto, el chicho respondió al gesto de la dama de una forma que ella no esperaba: le hundió los dientes en los dedos enguantados.

—¡Ay! —Retiró la mano de inmediato con un grito de sorpresa. La piel fina del guante se había desgarrado y dejaba ver que del dedo expuesto brotaba una gota de sangre, el rojo resultaba llamativo sobre la piel clara.

A Charles se le encogió el estómago al verlo. Se quitó el abrigo enseguida y lo arrojó sobre el perro, que no paraba de ladrar.

Después levantó el abrigo, con el perro envuelto en él, como si fuera una manta, y lo sujetó entre los brazos.

Sabía que envolver con algo blando a un animal agresivo obraba milagros sobre él. Y en ese caso también funcionó. El can, de entrada, se rebeló contra la cautividad impuesta, pero al cabo de unos segundos dejó de debatirse para disfrutar de la suavidad y calidez de la envoltura.

Unos cuantos transeúntes se detuvieron a mirar y los rodearon para intentar enterarse de qué era lo que había causado la commoción.

—¡Me ha mordido! —constató asombrada la joven de ojos azules.

—Le advertí que no lo tocara —espetó Charles—. Si me hubiera hecho caso...

—Por favor, caballero —intervino la amiga—. ¿No se da cuenta de que tiene una herida?

La mujer mayor a la que había acosado el perro, seguida de cerca por su belicoso lacayo, se abrió paso entre el gentío que se iba acumulando. La dama agitaba el paraguas como una reina enfadada agitaría su cetro ante los súbditos.

—¡Llamen al agente de la autoridad! Este perro es una amenaza.

—¡Podría tener hidrofobia! —indicó el lacayo, aunque sin acercarse mucho—. Y acaba de morder a esta pobre joven.

—¡Un ataque sin mediar provocación! —insistió la dama de edad—. ¡Lo que demuestra que este animal está rabioso!

Charles musitó un juramento para sí.

—No tiene hidrofobia —aseguró, apretando contra él al perrito—. Y, aunque la tuviera y se la hubiese contagiado a la joven, la culpa la tendría ella, no el animal.

—No me dan miedo los perros —replicó con aspereza la joven de ojos azules—. Ni tampoco los rasguños insignificantes.

—¡Pero Kate! —La joven más alta tenía los ojos barnizados de lágrimas no vertidas—. ¡Estás sangrando!

—No es nada —insistió la joven. Kate, es de suponer.

Charles notó una especie de pinchazo en el corazón que lo sorprendió por peculiar e inhabitual en él. Sacó un pañuelo de lino del bolsillo del chaleco, gracias a Dios estaba limpio y planchado, y se lo ofreció a la damita.

—En efecto, es solo un rasguño insignificante, pero quizá debería vendarlo para que deje de sangrar. —La voz le salió algo ronca.

La chica aceptó el pañuelo y lo utilizó para enjugar la gota de sangre del dedo.

—Es usted muy amable —le agradeció con cierta sequedad.

—Es su obligación, si el perro le pertenece —apuntó la amiga. Kate lo miró con gesto retador.

—¿El perro es suyo?

—¡Este animal no es de nadie! —declaró la dama del paraguas—. Se trata de un perro callejero, es evidente.

—Está sucísimo —observó la amiga—. ¡Y huele muy mal!

Charles tenía que reconocer que eso era cierto. El hedor del pelaje embarrado había impregnado el abrigo. Era evidente que tendría que quemar la prenda. Y en cuanto al perro...

—He de reconocer que está muy desmejorado —admitió Charles—. Acaba de llegar en un barco desde España. Los marineros tendrían que haber tenido más cuidado con él.

—¿Desde España? —repitió la mujer mayor con tono de profundo desdén—. ¿Este chucos?

—Así es, señora. Es un cruce inhabitual, uno de los pocos que quedan de su especie. ¿Por qué cree si no que iba tras él?

—Charles no pudo por menos que hacer una mueca tras una mentira tan descarada. Pero era por una buena causa. Dado el caos que había producido el perro, la dama estaba a segundos de reclamar el sacrificio de la pobre criatura.

—¿Entonces es suyo? —insistió Kate.

—Sí —respondió Charles con convicción—. Es mío. Y ahora, si no les importa, voy a llevármelo a casa.

La joven no dejó de mirarlo, como si lo que había dicho la hubiera dejado tan perpleja como intrigada.

—Pues sí, señor, lléveselo —dijo por fin—. Antes de que llegue un agente.

No hubo que decírselo dos veces. Se despidió de las tres damas con inclinaciones de cabeza brevísimas y algo rígidas, y salió andando a grandes zancadas entre la multitud creciente meciendo entre los brazos al perro gruñón y maleducado.

No iba a ser una buena idea llevarlo al hotel Grillon. Pero daba igual. Veinticuatro horas más tarde, Charles ya estaría en casa. Una vez allí, su madre y su hermana se harían cargo. Un perro callejero londinense medio muerto de hambre no era el regalo de Navidad más adecuado, pero, conociendo el apego de ambas a la especie canina, tal vez el animalito podía llegar a convertirse en el presente ideal.



Lady Katherine Beresford se quedó mirando cómo el caballero, alto y de pelo negro, se alejaba por la calle Bond y desaparecía entre la multitud.

El abrigo que llevaba al llegar le hacía la figura grande e imponente, y cuando se lo quitó esa impresión no desapareció, sino todo lo contrario.

Vestía por completo de negro: pantalones de lana, casaca y chaleco negros, y un pañuelo de cuello del mismo color con lunares mínimos gris oscuro. Estaba muy bronceado, cosa muy extraña a esas alturas del año; no había parado de llover durante las últimas semanas. Seguro que acababa de regresar de algún

destino en el que hacía mejor tiempo. Parecía una persona que pasaba la mayor parte del día a la intemperie y a la que le gustaban los deportes, como la equitación, la esgrima y el boxeo. El corte de la casaca resaltaba la anchura de los hombros y le daba una presencia magnífica.

—Qué individuo tan maleducado —opinó Christine, de pie junto a Kate, con un gesto que resultaba la viva imagen del enfado femenino.

Christine, la hija mayor de lord y lady Mattingly, era tan sensata como Kate imprudente. El mes anterior se había hecho público su compromiso con un *baronet* bastante mayor que ella. Se trataba de un caballero bastante aburrido, pero que hacía feliz a Christine, quien se sentía orgullosa de su forma pragmática de encarar el futuro. Era una cualidad que había heredado de Jane, su igual de pragmática madre.

La tía Jane, como llamaba Kate a lady Mattingly, era la mejor y más antigua amiga de la madre de Kate. Era ella quien las había llevado de compras. Se habían separado para que se comprara un sombrero mientras ellas iban a probarse a la modista. Kate y Christine regresaban para volver a encontrarse con ella en la sombrerería en el momento en el que apareció el agresivo perrito.

Una vez finalizado el espectáculo, el nutrido grupo de mirones se dispersó. La metomentodo del paraguas también se alejó, no sin antes emitir un último gruñido de queja.

—Sí, desde luego que lo era —Kate mostró su acuerdo una vez que Christine y ella se quedaron de nuevo solas—, pero también atractivo.

De hecho, Kate no recordaba haber visto en su vida un hombre tan apuesto. Ni durante la temporada ni en el campo, donde vivía rodeada de sus fornidos hermanos mayores, todos con el pelo dorado y los ojos grises como el hielo heredados de su formidable progenitor.

En ese momento, el padre, la madre y los hermanos de Kate permanecían en la hacienda familiar del condado de Somerset, un lugar precioso. Kate había pasado en ella una gran parte de su niñez, retozando y dando brincos entre los campos cubiertos de nomeolvides. También allí se habían conocido y enamorado sus padres siendo niños. Era un lugar muy especial al que volvían constantemente con Kate y sus hermanos.

En los últimos tiempos, las visitas se habían espaciado mucho por una buena razón. Tras la muerte del bisabuelo de Kate el año anterior, su padre había perdido el título de cortesía que ostentaba como heredero al condado. Había dejado de ser el vizconde de St. Clare para convertirse en el conde de Allendale. Como consecuencia, la familia residía ahora casi siempre en Worth House, en Hertfordshire, la sede del título nobiliario.

Formaban un grupo familiar muy unido aunque un tanto alejado de los círculos sociales. Los rumores relacionados con el pasado seguían asomando de vez en cuando: se decía que su padre era hijo ilegítimo y que el título que había heredado no era suyo en realidad, sino que tendría que pertenecerle por derecho a un primo lejano suyo, bastante odioso, por cierto.

Esa era la razón por la que Kate estaba en Londres sola en lugar de con sus padres y hermanos. Su madre había pensado que era preferible que fuera la tía Jane quien la presentara en sociedad. Y eso había hecho, pero con un resultado desastroso. Seis meses más tarde, con la temporada finalizada, Kate seguía soltera. Y también ingobernable. Al día siguiente viajaría a Somerset para pasar la Navidad con su familia, ya que no había conseguido el objetivo que sus padres deseaban para ella.

Kate se ató con más fuerza el pañuelo del caballero alrededor del dedo, que aún notaba palpitante. Hizo una mueca pensativa.

Era demasiado obstinada, ahí radicaba su problema. Y ningún caballero al uso quería encadenarse a una esposa difícil,

daba igual lo hermosa que fuera. Los hombres de la alta sociedad londinense querían esposas dóciles y recatadas, deseosas y hasta felices de ocultar el intelecto y la personalidad, de modo que las características de ellos pudieran brillar con fuerza. Y eso Kate no lo aguantaría de ninguna manera.

Y, de todos modos, ¿qué clase de hombre era aquel al que le asustaba, intimidaba o molestaba una mujer por el simple hecho de que pudiera rivalizar con él en la capacidad de razonar y de actuar? Esos hombres no merecían la pena, al menos en lo que a ella se refería.

—¿Cómo puedes decir que es atractivo con esa forma de actuar tan desagradable? Ha sido imperdonable —afirmó Christine muy sorprendida—. Maleducado, entrometido y del todo...

—Atractivo —insistió Kate—. ¿Cómo es que no lo hemos visto antes?

—Porque no es un caballero, claro.

—Yo creo que sí. Habla bien. ¿Y no te has fijado en cómo se comporta?

—Pues no, lo siento. —Christine echó a andar de nuevo por la calle Bond—. Estaba distraída con ese perro suyo hidrofóbico que te ha mordido.

Kate adaptó su paso al de su amiga.

—El perro no era suyo.

—Él dijo que lo era —replicó Christine.

—Mintió.

—Pues no sé por qué iba a hacerlo. Si no era el dueño del perro, ¿por qué se puso a defenderlo? ¿Qué ganaba haciéndolo, y encima llevándoselo en brazos?

Kate se recogió las amplias faldas para esquivar un charco.

—Pues para rescatarlo, está muy claro.

Christine la miró de hito en hito.

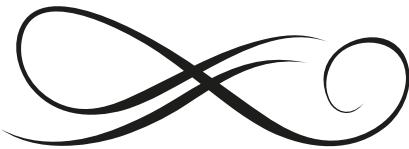
—¿Él? ¿A un perro callejero?

—Sí, claro que sí. Maleducado, entrometido, atractivo y..., al parecer, sensible hasta un punto cercano a la temeridad. O eso es lo que parece. Al menos con los perros —concluyó Kate sonriente.

Christine frunció el ceño, pensativa.

—Me pregunto quién podrá ser.

—No tengo la menor idea. —Kate cuadró los hombros con firmeza—. Pero estoy decidida a averiguarlo.



CAPÍTULO 2

El señor Elías Catmull permanecía de pie en medio de la lujosa sala de estar de lord y lady Mattingly. Se trataba de un caballero delgado, de rasgos angulosos y ojos más juntos, penetrantes, astutos y evaluativos de lo normal. Era uno de los admiradores más rendidos de Kate. Y también el más insistente y molesto. A sus veintisiete años escasos, ya tenía el aire de condescendencia de un caballero diez o veinte años mayor... y la calva correspondiente en la coronilla.

—Les ruego que perdonen lo impulsivo de mi visita —dijo, frunciendo los labios en lo que pretendió ser una sonrisa—, pero no podía permitir que dejases Londres sin presentarles mis respetos una vez más y desearles un viaje agradable y sin contratiempos.

Kate acentuó la dureza de su expresión. ¡Y tan impulsivo!

Se habían conocido al inicio de la temporada. Catmull era socio de negocios del prometido de Christine y se las había apañado para conseguir que le presentaran a Kate en su debut. Después, no había faltado a ninguna de las reuniones a las que la joven había acudido. De hecho, se había cruzado con ella con una frecuencia excesiva: no solo en los bailes, las sesiones musicales y los estrenos de obras de teatro, sino también en las

tiendas y en los paseos por el parque. La joven hasta había sospechado en algún momento que la acechaba. Los vividores empobrecidos empleaban a menudo la táctica del acoso con las jóvenes herederas, intentaban hallarlas en situación de vulnerabilidad para así comprometerlas. Pero, aunque Kate era sin lugar a dudas una heredera interesante, al señor Catmull no le faltaba el dinero, todo lo contrario. O al menos no que ella supiera.

Fueran sus motivos los que fuesen, los encuentros habían servido para que la joven se formara una opinión clara del caballero. Kate se daba cuenta de que, con su mirada taimada y esos modales invasivos, Elías Catmull era tan peligroso y calculador como una víbora venenosa reptando por la hierba.

En cualquier caso, se podía decir que en esos momentos el individuo era la última de las preocupaciones de Kate. Inquieta, se acercó a la ventana con cortinas color vino, atendiendo solo a medias al parlamento del individuo. Se cubría hombros y brazos con un chal ligero de lana de cachemira aunque no necesitaba la tibieza que le aportaba. Aún le ardían las mejillas tras el sermón que le había dedicado la tía Jane en el carroaje, camino de casa.

Al parecer, Kate había vuelto a equivocarse, no solo intentando acariciarle la cabeza a ese pobre perro callejero miserable, sino por permitirse participar en un espectáculo público ridículo.

Según la tía Jane, los cotillas se centraban justo en ese tipo de asuntos. En otras palabras, era un cuento jugoso que añadir al catálogo creciente de historias truculentas sobre la extravagancia de Kate que ya circulaban por las reuniones sociales, las salas de estar y los clubes de caballeros de Londres. Había varias: la participación de Kate en un concurso de tiro en el parque Heath, al amanecer y sin acompañante (cierto), un desafío a caballo en Rotten Row con la amante de un marqués (cierto en

parte) y un encuentro muy comentado en una biblioteca a la luz de las velas con el hijo menor del duque de Whitney (rotundamente falso, ¡como si Kate fuera a dignarse besar a un personaje tan aburrido y descerebrado!).

Pero la verdad era mucho menos interesante que los relatos ficticios. Y la alta sociedad siempre estaba dispuesta a tragarse lo que fuera cuando se trataba de mancillar la reputación de una dama, y más si dicha dama pertenecía a una familia ya conocida y notoria por su trayectoria escabrosa. Siempre según los cotillas, claro.

Todo eso al señor Catmull no parecía importarle lo más mínimo. El odioso individuo había esperado durante un buen rato en la sala de estar a que Kate volviera de las compras, decidido una vez más a llamarle la atención. No parecía importarle que lo hubiera rechazado docenas de veces. Los sentimientos de la joven respecto a él no le importaban lo más mínimo. Nunca había tenido en cuenta las opiniones de las mujeres y ese caso no iba a ser una excepción.

Kate no estaba de humor para aguantar sus intentos empalagosos y torpes.

—No tendría que haberse molestado —dijo—. Por lo que recuerdo, me transmitió exactamente lo mismo la última vez que nos vimos.

—Sí, en la *soirée* de lady Billingham —indicó el señor Catmull—. Atribuí sus palabras descorazonadoras a la multitud opresiva que nos rodeaba. Me di cuenta de que estaba muy incómoda e inquieta por el calor que hacía, y de que no pensaba con claridad. Suele ocurrirle a las damas cuando se ponen demasiado nerviosas.

—Me encontraba muy bien, se lo aseguro —replicó Kate con tono de hartazgo—. Mire, señor, no sé qué hacer ya para decírselo con más claridad...

—Tengo entendido que va a volver en febrero para acudir al baile de lady Chesham, ¿no es así?

Kate estaba asombrada. ¿Cómo demonios se había enterado de eso? Había aceptado la invitación hacía menos de una semana debido a la presión a la que la habían sometido la tía Jane y Christine. La duquesa viuda de Chesham iba a dar un baile de lo más extravagante y fuera de temporada para celebrar su sesenta cumpleaños. Se rumoreaba que iban a asistir algunos miembros de la familia real, tal vez incluso la propia reina. Se trataba, pues, de un acontecimiento que no tenía que perderse nadie, y menos una joven cuya familia deseaba lograr un compromiso de matrimonio para ella.

—Sí —reconoció.

—Y después se quedará para participar en la temporada.

Apretó los dientes.

—Podría ser.

¡Qué individuo tan odioso y malintencionado! ¿Cómo se atrevía a hacer referencia al hecho de que tendría que embarcarse en una nueva temporada?

—En ese caso, mantendré las esperanzas. —Hizo una inclinación de cabeza—. No soy un hombre que renuncie con facilidad, milady. Pregunte a cualquiera que haya hecho negocios conmigo y podrá comprobarlo. Siempre logro mi propósito, de una forma u otra. Sería bueno para usted que se hiciera a la idea.

Kate se mordió la lengua y el señor Catmull se marchó.

¿Hacerse a la idea? ¡Ni por todo el oro del mundo!

Elías Catmull era un compendio de todo lo que aborrecía en los hombres: controlador, dominante, entrometido y dispuesto a tratar a las mujeres, en este caso a ella, como a un objeto de porcelana con el que adornar una estantería o la repisa de la chimenea.

Kate tenía la sospecha de que el tipo estaría dispuesto a hacer lo que fuera para obtener su mano, aunque tuviese que recurrir a trampas o trucos inconfesables. De hecho, le parecía que el señor Catmull era bastante dado a ese tipo de comportamientos en los negocios. Odiaba quedarse sola con ese hombre.

En cuanto Catmull se marchó, Christine entró en la sala de estar y le dirigió a Kate una sonrisa de disculpa.

—No me gusta interrumpir.

—Pues habría querido que lo hicieras —declaró con sinceridad.

—¿Qué quería?

—Me quería a mí. —Se volvió hacia la ventana—. Solo el cielo sabe por qué. Le he manifestado el disgusto que me produce de todas las maneras posibles.

—Es un tipo rarísimo —reconoció Christine—, pero su fortuna es considerable. He oído decir que tiene un tío vizconde.

—Yo lo he oído también..., me lo dijo él —indicó Kate.

—Quiere impresionarte.

—¿Presumiendo de insignificancias? —Dio un bufido—. Prefiero a los hombres que demuestran su valor con hechos, no con palabras.

—Muchos de tus pretendientes lo han intentado —repuso Christine.

—Sí, pero de forma aburrida y demasiado evidente. —Se apretó el chal alrededor de los hombros—. Si encontrara a un caballero que mereciera la pena de verdad, un hombre de carácter noble y convicciones firmes, capaz de ser de verdad un héroe en lugar de representar el papel a su conveniencia personal..., ese sería el hombre con el que me casaría.

Christine hizo un gesto claro de desaprobación.

—Espero que no estés refiriéndote a ese individuo tan maleducado de la calle Bond.

Kate frunció el ceño. En realidad, no había vuelto a pensar en ese hombre. Pero ahora que lo mencionaba su amiga... Lo que había hecho ese caballero había sido heroico. Y era más que evidente que no había actuado así para impresionar ni a Kate ni a nadie.

También ayudaba que era de lo más atractivo. Y que su voz profunda y autoritaria le había producido un temblor delicioso en la columna vertebral. ¡Ojalá hubiera tenido la presencia de ánimo suficiente como para preguntarle su nombre!

—No, no me refiero a él en concreto —aclaró—. Me limito a describir mi ideal. Que, por cierto, aún no ha aparecido en ningún encuentro social, debo añadir. De haber sido así, en estos momentos ya estaría felizmente prometida, como tú, en lugar de ser una decepción perpetua para todas las personas que me conocen.

—No eres ninguna decepción —protestó Christine mientras se reunía con ella junto a la ventana—. No te tomes tan a pecho la reprimenda de mi madre.

—Entonces, ¿cómo me la tengo que tomar? Y, además, el caso es que tiene toda la razón. Siempre hago cosas que me traen mala fama.

—No ha sido solo culpa tuya —razonó Christine—. Fue la otra dama la que empeoró lo sucedido, gritando como una posesa y moviendo el paraguas como si fuera un sable hasta que toda la calle se acercó a mirar. Cuando se marchó, creí que la cosa quedaría ahí y no trascendería. No pensaba que mi madre fuera a enterarse.

—Ni yo tampoco —coincidió Kate con aire sombrío.

Tras el incidente, apenas habían avanzado unos pasos por la calle Bond cuando se encontraron con la tía Jane, que venía de la sombrerería. Tras hacerse una idea de la situación, condujo a las jóvenes a toda prisa al carro y ordenó al cochero que las llevara a casa.

—Se culpa a sí misma —explicó Christine—. Durante los pocos minutos que nos dejó solas, dio tiempo a que te atacara un perro enloquecido, a que hablaras en la calle con un extraño y a que llamaras la atención de forma negativa a los transeúntes.

—Escándalo tras escándalo —murmuró Kate entre dientes—. Parece que no puedo librarme de ellos. —Apoyó la cadera en el alféizar de la ventana—. Supongo que debo dar gracias por que la historia aún no haya llegado a oídos de mis padres.

—En cuanto a eso... —Christine le dio un toquecito de ánimo en el brazo—. Me temo que mi madre le está escribiendo en estos momentos a la tuya para contarle lo ocurrido con todos los detalles. Seguro que la carta llegará a Somerset antes que tú.

—¡Vaya por Dios! —Los ya escasos ánimos de Kate se redujeron todavía más.

Sus padres no la reñirían demasiado por su comportamiento. Casi nunca lo hacían. Pero Kate sabía muy bien cuándo se equivocaba, y también cuándo sufrían por lo que ella había hecho mal.

—No creo que importe mucho al final. —Levantó el dedo lastimado por la mordedura. El pañuelo del caballero seguía rodeándolo, muy bien sujeto—. No hubiera podido mantener la historia en secreto, sobre todo teniendo que explicar esto.

Christine hizo un gesto de comprensión.

—Me asombra que el señor Catmull no haya insistido en llamar a un cirujano.

Kate soltó un gruñido.

—Ni se le ocurren ese tipo de cosas. Solo se fija en mi cara y en mi figura. El resto de mi persona no le merece ninguna atención.

—¡Qué tipo tan estúpido! Vamos a la cocina para que la cocinera te cure la herida y te ponga un vendaje como Dios manda.

Kate no pensaba renunciar con tanta facilidad a la contribución del caballero atractivo.

—No hacer falta. Este pañuelo es de lo más apropiado. —Lo desenrolló con lentitud e hizo una mueca de dolor cuando la sangre seca pegada a la tela se desprendió de la herida—. El lino es de muy buena calidad. —Lo examinó más de cerca—. Y, mira, parece que hay un monograma bordado.

Christine se acercó a mirarlo.

—C. H. —leyó—. El bordado es excepcional.

—Lo ha hecho una mujer —declaró Kate—. Su esposa, me atrevería a decir.

—¿Y eso importa?

Kate no respondió.

Christine la miró con gesto de sospecha y pesar.

—¡Por Dios bendito, lo sabía! ¡Ese caballero insolente te ha robado el corazón!

Kate se sorprendió y rio con ganas.

—¡Difícilmente! A estas alturas ya deberías saber que no es tan fácil ganarse mi corazón.

Christine la miró con calma.

—No, supongo que no. Además, sería muy contradictorio. Has puesto el listón tan alto que me temo que no hay hombre capaz de alcanzarlo. Y menos si lo mides en función del nivel que han establecido tus hermanos.

Kate sonrió al pensar en sus tres hermanos mayores, James, Ivo y Jack, tan controladores, tan protectores y a menudo tan irritantes. Pese a que se entrometían de modo constante en su vida, los quería muchísimo a los tres.

—¿Y qué tienen que ver mis hermanos con esto?

—Pues que los tres son guapos y elegantes, como tres príncipes sacados de un cuento de hadas. Mi madre dice que James es la viva imagen de tu padre a su edad.

—Todos son la viva imagen de mi padre —comentó Kate con tono distraído. Pasó la yema del dedo pulgar por las letras del monograma—. Aunque Jack ha heredado el carácter de madre.

—Y tú también, querida —señaló Christine sin acritud. Kate hizo una mueca.

—Una dama necesita tener un poco de carácter. De no ser así, estaría perdida. —Se separó de la ventana con el pañuelo manchado de sangre entre los dedos—. Y no tienes razón cuando dices que ningún hombre resiste la comparación con mis hermanos. No es que no vea sus buenas cualidades, pero... no estoy buscando ningún ideal masculino. Nunca lo he buscado.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Ya te lo he dicho, busco un héroe.

Christine sonrió irónica ante la declaración de Kate.

—¿Nada más?

—Bueno, de acuerdo —reaccionó Kate, incitada por el tono de la pregunta—. Si eso fuera mucho pedir, por lo menos quiero un caballero que me aporte algún tipo de reto. No soporto el aburrimiento.

Esa era la desafortunada conclusión del asunto a la que Kate había llegado y que al fin había aceptado a regañadientes tras su opaca temporada en Londres. Ahora tenía muy claro que jamás iba a plantearse pasar sus días cosiendo en una sala de estar, satisfecha de ser objeto de admiración de un marido respetuoso y devoto de su belleza. Ella estaba hecha para la tempestad, para enfrentarse al oleaje y las corrientes de mar abierto, no para refugiarse en aguas someras.

—La vida no puede ser siempre emocionante —afirmó Christine—. A veces hay que agachar la cabeza y disfrutar con los quehaceres femeninos del día a día. Se pueden encontrar

formas de felicidad en los momentos tranquilos; en ser esposa y madre de bien, devota del marido y de los hijos.

—Te refieres a coser e interpretar patrones de ganchillo.
—Kate se volvió a recolocar el chal en la espalda—. Eso lo hago bien, muchas gracias. Pero no es el eje de mi vida.

—Pues no podrás hacer ninguna de las dos cosas con esa herida que tienes en el dedo —dijo Christine—. Ruégale a Dios que ese perro callejero no te haya contagiado alguna enfermedad horrible.

—No era callejero. —Kate habló con un toque de ironía—. Ya sabes, es un cruce inhabitual español, quedan muy pocos ejemplares...

—Sí, eso fue lo que nos dijeron... —continuó Christine en tono de broma—. ¿De verdad crees que ese caballero lo rescató?

—Sé que lo hizo —dijo Kate con énfasis—. Sin duda es el acto más heroico del que he sido testigo desde que llegué a Londres.

—¿Y qué tiene eso de acto heroico?

En ese momento, la puerta de la sala de estar se abrió de repente y entró Gilbert Trumble, primo de Christine.

Gilbert era delgado y rubio, con andares desenvueltos y de trato fácil. Empleaba la mayor parte del tiempo en cazar, practicar el tiro al blanco y montar a caballo. Las horas que le sobraban las pasaba en su club de St. James, que era un auténtico heredero de chismes sobre la alta sociedad, por lo que siempre estaba muy bien informado. Se podía contar con él para estar al tanto de los últimos cotilleos.

—¡Gilbert! —exclamó Christine cruzando la habitación para saludarlo—. ¿Qué haces aquí? Creía que salías para Surrey esta misma mañana.

—Esa birria de caballo con el que salgo a cazar se ha torcido una pata. —Aceptó las manos extendidas de Christine y se las apretó—. Llevo desde el amanecer haciéndole una cura en el

establo. —La besó en la mejilla—. Y parece que me he perdido la diversión del día. —Miró a Kate—. ¿Qué era eso de los actos heroicos?

—Puede que el término «heroico» sea una exageración —dijo Christine soltando las manos de su primo—. Kate cree que un caballero, que no sabemos quién es, rescató a un perro en la calle Bond.

Gilbert se acercó a saludar a Kate, primero inclinando la cabeza y después, con cierto aire avergonzado, con un beso en la mejilla como el que le había dado a su prima.

Y es que bien podían considerarse primos. Se conocían de toda la vida. A Kate él le parecía muy simpático y bastante capaz a la hora de montar. También era cierto que se portaba con ella con cierta torpeza en los últimos tiempos —de hecho, desde que se había convertido en una señorita—, pero en ningún momento se había pasado de la raya. Kate confiaba en él tanto como en sus propios hermanos.

—Lo rescató —aseguró—. Y después desapareció entre la multitud.

—No tenemos la menor idea de quién es —contribuyó Christine.

—Salvo por sus iniciales —añadió Kate—. C. H.

—¿C. H.? —Gilbert las miró con interés—. ¿Cómo es?

Fue Christine quien contestó.

—Alto, con el pelo negro y muy maleducado, la verdad.

—C. H. —repitió Gilbert—. A ver..., me pregunto si no podría tratarse de Charles Heywood. Hace poco que ha regresado a Inglaterra.

—¿Charles Heywood? —Kate sintió de inmediato una curiosidad muy viva—. ¿Quién es?

—El nieto del conde de Gordon —aclaró Gilbert—. Coincidí con él en Eton.

—¿Erais amigos? —se interesó Christine.

—No exactamente, nos conocíamos y nos saludábamos —explicó Gilbert—. Era mucho más serio que yo y nuestros círculos eran muy distintos, pero estoy al tanto de sus andanzas. Le gustaban muchísimo los perros; ahora que lo pienso, todos los animales, en realidad. Recuerdo que una vez hasta se las arregló para curarle el ala a un cuervo, Dios sabe cómo... y por qué.

Kate miró a Gilbert con expectación. Ya no sentía solo curiosidad, sino un interés genuino.

—¿Eso es todo lo que recuerdas de él?

—No hay mucho más que recordar, excepto que era el mejor tirador que he conocido. Era capaz de acertarle a una moneda de medio penique colocada en una valla a cincuenta pasos, y con cualquiera de las dos manos; ambidestreza creo que se llama esa capacidad, que es muy rara. Y letal, por otra parte. Es mejor tenerla presente. Me imagino que por eso se enroló, para darle el uso adecuado a su talento.

Kate se puso rígida.

—¿Es militar?

Aunque ya sabía la respuesta a esa pregunta. Era evidente por la forma de comportarse y por el tono de mando de la voz cuando le ordenó que no tocara al perro.

—Sí, marino en concreto —confirmó Gilbert—. Lo admitieron en Cambridge, como a mí, pero renunció en el último momento y obtuvo una plaza en la Real Escuela Naval de Portsmouth. Y después se hizo a la mar. He oído que ha vuelto a Londres. Habrá hecho una parada de camino a Somerset. Su padre tiene allí una hacienda.

—¿En Somerset? —exclamó Kate, asombrada por la coincidencia—. Qué raro que no me haya cruzado nunca con él.

—Tampoco es que te hayas perdido mucho, en mi opinión —apostilló Gilbert—. Cuando lo conocí, Heywood era un

hombre de pocas palabras y sin ningún sentido del humor. Para ser sincero, hasta resultaba maleducado en ocasiones.

—Entonces sí que era él... —murmuró Christine entre dientes.

Kate intercambió con su amiga una mirada llena de significado. No podía negarse a reconocer la rudeza del señor Heywood, pero sospechaba que sí que tenía sentido del humor. De no ser así, ¿por qué habría dicho que el chicho era un raro cruce español? Pese a su seriedad externa, con toda seguridad tenía una noción aguda de lo ridículo.

En cualquier caso, solo había una forma de averiguar la realidad. Durante sus vacaciones navideñas en Somerset, se las arreglaría para encontrarse de nuevo con el señor Heywood. Aunque no iba a ser fácil, todo lo contrario: sería todo un desafío.

La perspectiva le levantó el ánimo. Y no porque el señor Heywood le hubiera robado el corazón, ¡ni en sueños!, sino porque había espoleado su imaginación. Y porque estaba aburrida.

Al día siguiente iba a regresar al campo. Tenía por delante los largos meses invernales, recluida dentro de la casa a resguardo de la nieve y la ventisca, celebrando la Navidad con la familia. Necesitaba un poco de diversión. ¿Y si el señor Heywood era la persona adecuada para proporcionársela?